



Estructura de clases en España y en Europa

Selección de textos para la Escuela de Verano 2019

13, 14 y 15 de septiembre

Selección de textos sobre estructura de clases

Texto fundamental recogido en esta selección

Garzón, A. (2019): "Capítulo Addendum: La venganza de la clase", en Garzón, A. (2019): *¿Quién vota a la derecha?*. Península, Barcelona. [Publicación el 29 de noviembre de 2019]

La venganza de la clase

Extracto del libro 'Quién vota a la derecha' de Alberto Garzón (24 noviembre 2019)

El siguiente texto pretende ser una introducción panorámica a tres corrientes de pensamiento (basadas en Marx, Weber y Bourdieu) que basan sus análisis en la conexión entre una teoría de la clase social y su contraste empírico. Se han excluido de la revisión algunas otras corrientes, como las posmarxistas o liberales.

(...)

Ahora bien, hay una gran confusión acerca de lo que significa realmente una clase social. De hecho, es un concepto que está lejos de ser autoevidente y cuya definición depende del marco teórico. Por eso lo que vamos a hacer en este capítulo es aproximarnos más y mejor al análisis de clases, con el objetivo de poder disponer de una visión panorámica de algunas de las principales opciones teóricas que existen sobre la cuestión.

Empecemos subrayando que la importancia de un concepto como la clase social se deriva de su supuesta capacidad para explicar la acción social. Es decir, no nos interesa conocer sólo una visión descriptiva de cómo está distribuida una sociedad, sino que queremos ir más allá y saber si el lugar en esa distribución condiciona o determina el comportamiento de los individuos y, con ello, el futuro político de una sociedad dada.

Debemos recordar que los seres humanos somos seres sociales, lo que entre otras cosas quiere decir que tenemos que relacionarnos unos con otros para garantizar la reproducción social, es decir, la perdurabilidad de nuestra especie. La metáfora de Robinson Crusoe, tan del gusto de los economistas, y según la cual un ser humano puede sobrevivir largo tiempo dependiendo únicamente de su entorno físico y en aislamiento respecto a cualquier otro ser humano, no es válida para el mundo real. Karl Marx llamó a este tipo de enfoque *robinsonadas*. En el mundo real impera de forma mucho más clara la definición aristotélica del ser humano: no es posible desarrollarnos como especie si no es relacionándonos entre nosotros.

Como individuos nos insertamos en sociedades complejas, es decir, en estructuras conformadas cada una de ellas por un conjunto de personas que se organiza siguiendo una serie de reglas. Esas reglas son un conjunto de tradiciones, normas, leyes, etc. y son, como ya hemos visto en capítulos anteriores, lo que llamamos instituciones. Por lo tanto, las instituciones definen y prescriben los modos en que una sociedad se organiza en un momento histórico dado. Hay una gran diversidad de opciones de ordenamiento, tanto en el espacio como en el tiempo. Así, no es lo mismo una sociedad de cazadores recolectores del período neolítico que una sociedad feudal emergida tras la implosión del imperio romano, de la misma manera que no era lo mismo la sociedad estadounidense de posguerra que la sociedad soviética del mismo período. La inmensa mayoría de las instituciones de esos cuatro ejemplos han sido distintas y, por lo tanto, han ordenado y organizado a los individuos de maneras diferentes.

En efecto, cada una de esas cuatro sociedades se dotó de reglas para organizar la forma de producir, distribuir y consumir, esto es, lo que llamamos economía. En la sociedad de

cazadores-recolectores la recogida del producto se hacía de forma comunitaria con apenas división del trabajo. En la sociedad feudal, por otra parte, la producción era debida a los campesinos o siervos, que eran vasallos del señor feudal. Y en la sociedad estadounidense era el libre mercado, conjugado con la intervención estatal en algunos ámbitos, lo que definía la economía, mientras que en la sociedad soviética el criterio rector era la planificación. Pero todas esas sociedades también se dotaron de reglas para dictar lo que era socialmente aceptado más allá de la economía, por ejemplo, en materia de religiones, culturas, comportamientos, etc. En el siglo XVI en España la Inquisición marcaba los límites del pensamiento religioso, mientras que en la sociedad estadounidense la segregación racial continuó hasta los años sesenta del siglo pasado y en la sociedad soviética no existía libertad de prensa. Todas estas delimitaciones tienen en común que son instituciones, es decir, reglas que definen cómo se organizan las sociedades. Vivimos dentro -y en- instituciones sociales, y esto es muy importante que lo tengamos presente porque significa que ni la economía ni ninguna otra dimensión existe fuera de las instituciones, es decir, fuera de la cristalización cultural de una sociedad en un momento dado.

Ahora bien, ¿cómo y por qué cambian esas instituciones? Esta es la pregunta esencial, sobre la que gira la propia política. En efecto, la política aspira a cambiar las instituciones y dotar de un nuevo orden a la sociedad. De hecho, bajo el influjo de la *moderna* idea de progreso se ha considerado que quienes desean restaurar viejas instituciones son *reaccionarios*, quienes desean mantener el orden actual son *conservadores* y quienes aspiran a construir nuevas instituciones son *progresistas*. Naturalmente estas etiquetas presuponen que la sociedad se desarrolla en una dirección predeterminada de progreso, algo que ya hemos advertido en capítulos anteriores.

Si lo que queremos es conocer cómo se organiza una sociedad, siempre es útil partir de un mapa que la describa en un momento determinado. Pero, como hemos dicho, la sociedad es una estructura compleja, por lo que debemos concretar previamente en qué debemos concentrar nuestra atención. No nos vale de nada un mapa con todos los elementos de la sociedad, sino que necesitamos que sólo aparezcan aquellos que nos parecen relevantes. Este proceso por el que nos concentramos en algunos elementos y no en otros es lo que llamamos *abstracción*. De la misma manera que si cogemos un mapa físico accedemos a un tipo de información específica (sobre ríos y montañas, por ejemplo) y no a toda la información disponible, cuando hacemos un mapa de la sociedad tenemos que definir qué queremos y qué no queremos representar.

En el momento presente, por ejemplo, podríamos dividir a la sociedad española en tantos grupos como quisiéramos a partir de infinitos criterios posibles. Sabemos que la sociedad es un conjunto de seres humanos, y en eso no cabe diferenciación alguna entre nosotros. Hacer un mapa de la sociedad en términos de seres humanos no supondría un gran avance para la comprensión de cómo es una sociedad. En cambio, sí sabemos que esos seres humanos tenemos diferentes etnias, sexos, géneros, idiomas, culturas o recursos, por citar sólo algunos rasgos en los que somos diferentes entre nosotros. En consecuencia, podríamos dividir a la sociedad a partir de esos criterios y obtendríamos mapas muy distintos. Por ejemplo, sabríamos que la población española está conformada por un 51% de mujeres y un 49% de hombres o que el 66,9% de la población

española se declara católica frente a un 16,5% que dice ser agnóstica, un 10,7% que afirma ser atea y un 3,1% que declara pertenecer a otra religión. Si tuviéramos información suficiente podríamos incluso dividir a la población en función de sus gustos musicales, sus equipos deportivos preferidos o a partir de cualquier otro criterio que nos pareciera oportuno. Con cada proceder de ese tipo obtendríamos distintos mapas descriptivos de cómo es la sociedad, en este caso, española.

Los mapas resultantes pueden ser muy interesantes, pero es evidente que a priori ninguno de ellos nos permitiría conocer de qué manera esa distribución de la sociedad influye en el comportamiento futuro de los individuos. Por ejemplo, ¿en qué medida podría condicionar o determinar el comportamiento electoral de una persona que ésta sea hombre, mujer, rico, pobre, español, catalán, madridista, riojano, católico, protestante, joven o mayor? No lo podemos saber de antemano. El mapa nos da una imagen que describe cómo es la sociedad en un momento dado, pero sólo eso. Para ir más allá necesitamos poner a prueba alguna teoría, es decir, un conjunto de ideas que afirma cómo se relacionan los diferentes elementos de una sociedad.

Si quisiéramos saber de qué modo influye en el voto de una persona que ésta sea rico o pobre necesitamos una teoría que establezca algún tipo de nexo causal entre riqueza/pobreza y el comportamiento electoral. Y armados con esa teoría deberíamos comparar lo que dichas ideas afirman que sucederá con lo que sucede en la realidad. Si se confirma la predicción, podemos decir que la teoría aguanta la realidad y si, por el contrario, la realidad desmiente a la teoría entonces estamos en condiciones de rechazar la teoría.

Este procedimiento que hemos descrito es lo que se conoce como *falsar* una hipótesis, y quien primero lo formuló fue el filósofo de la ciencia Karl Popper (1902-1994). Parte de la concepción de que el conocimiento científico avanza contrastando lo que dice una teoría con lo que se ve en la realidad, con preeminencia absoluta de la segunda. En realidad, el proceder práctico de la investigación es algo más complejo dado que pueden existir hipótesis que aun confirmadas por la realidad acaben siendo falsas y también hipótesis que aun rechazadas en el contraste puedan ser válidas. Esto es así porque toda teoría implica un conjunto amplio de hipótesis centrales que a su vez pueden incluir hipótesis auxiliares. El juego de contrastaciones se da en diferentes niveles. En todo caso, para lo que aquí nos corresponde no hace falta ahondar tanto.

También hay que tener en cuenta que la teoría opera desde el principio. Esto es así porque los conceptos con los que trabajamos, como los de sexo, género, etnia, cultura o clase, están condicionados por nuestra teoría, aunque ésta no se haya manifestado de forma explícita. Todos nosotros estamos afectados por una serie de principios, valores y prejuicios que pueden ser invisibles a nuestro pensamiento y acción pero que condicionan la forma de mirar la realidad, de crear conceptos y, por supuesto, de interpretar los resultados. Precisamente por eso hace muchos años que se abandonó la utópica creencia en la existencia de un único método científico al que cualquiera pudiera adscribirse para encontrar tal cosa como *la verdad*. Lo cierto es que para la búsqueda de *la verdad* tenemos que conformarnos con un instrumental mucho más limitado y siempre contaminado por nuestras propias ideas, sean explícitas o implícitas. Lo

honesto en cualquier investigador será reconocerlo desde el principio y combatir todas aquellas contaminaciones que nos impidan avanzar.

Hay una problemática adicional que tiene enorme importancia también para nuestro trabajo, y es la definición del concepto. En efecto, es esencial que en cualquier debate la definición del concepto sea compartida o, al menos conocida. De lo contrario el debate no operará con garantías. Si yo afirmo que *la izquierda tuvo mayoría de votos en las elecciones generales de 2016*, su veracidad dependerá de qué entendamos por izquierda. Y es que no todo el mundo define el concepto *izquierda* de la misma manera, como tampoco lo hace con otros como *centro* o *derecha*. Así que para que el debate no se convierta en un diálogo de sordos es importante dejar claro a qué nos estamos refiriendo con tales conceptos.

En la historia del pensamiento político ha habido muchos conceptos ambiguos, manidos y manejados con enorme inconsistencia, pero probablemente uno de los que más es el de *clase social*. Esto es especialmente lamentable en la izquierda, que muchas veces ha usado este concepto arbitrariamente, y la inmensa mayoría de las veces sin coherencia, incluso como criterio para distinguir entre aliados y traidores. (...)

La perspectiva marxista

Cualquier manual de sociología que se precie tiene una larga entrada dedicada a Karl Marx (1818-1883), y esto es así porque la influencia del autor alemán se extendió hasta gran parte de los estudios sociales y políticos también de épocas posteriores a su vida. De hecho, no es extraño que el sentir popular vincule el concepto de clase social, y aún más el de proletariado y burguesía, con Marx. En efecto, la teoría de Marx acerca del papel que juega la clase social en la sociedad capitalista ha sido la base de mucho de lo que se ha escrito posteriormente en sociología, sea para aceptarlo, revisarlo o criticarlo. Ahora bien, el marxismo conviene tomarlo como programa de investigación¹ más que como doctrina consistente y acabada.

Marx ideó todo un sistema filosófico que se ha convenido en llamar *materialismo histórico*, y dentro del cual se encuentra su teorización sobre las clases sociales. Este concepto representa la concepción de la historia de Marx, que él heredó fundamentalmente de Hegel (1770-1831) y que, impregnada de un fuerte determinismo, está fundada sobre tesis filosóficas más que empíricas.

Ahora bien, Marx no descubrió las clases sociales. Antes que él, muchos pensadores habían dividido a la sociedad por estratos o clases a partir de diferentes criterios. También los primeros autores de la *Economía Política*, muy especialmente David Ricardo (1772-1823) habían descrito a la sociedad como organizada en clases, esta vez de acuerdo con un principio basado en el lugar ocupado en la producción. El propio Marx reconoció su falta de originalidad y escribió que «no me cabe el mérito de haber

¹ Según Imre Lakatos (1922-1974), las teorías científicas son en realidad redes formadas por otras teorías menores que se interconectan en un sistema. Ese sistema, llamado programa de investigación, incorpora a su vez un núcleo duro que contiene ciertas leyes y ciertos supuestos fundamentales que se mantiene al margen de cualquier proceso de refutación, un conjunto de reglas metodológicas que orientan al científico y un conjunto de hipótesis auxiliares que protegen al núcleo. En el capítulo I del libro *Por qué soy comunista* (Península, 2017) traté profusamente la relación entre marxismo y filosofía de la ciencia.

descubierto la existencia de las clases en la sociedad moderna ni la lucha entre ellas»². Lo que Marx sí hizo fue recoger algunas de esas enseñanzas e incorporarlas en su propia concepción de la historia, el materialismo histórico. De esta manera, elaboró una teoría para explicar el desarrollo del capitalismo y en la cual la clase social jugaba un rol esencial. No obstante, y a pesar de ello, Marx tampoco llegó a desarrollar una teoría de las clases sociales y ni siquiera definió con precisión el propio concepto de *clase*. De modo que es posible encontrar diferentes interpretaciones según los textos a los que nos acerquemos.

A partir de su esquema del materialismo histórico, Marx planteó la existencia de dos clases fundamentales que le permitieron explicar el desarrollo de la propia historia social: los capitalistas y los trabajadores. Desde este punto de vista, el capitalismo genera una estructura de *huecos* en las relaciones de clase que luego son ocupados por personas reales. Es como si primero existiera la estructura, creada por el sistema económico, y luego las personas reales que «hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado»³. Estamos ante un esquema de clases típicamente polarizado donde sólo parecen existir capitalistas y trabajadores. Así, en este enfoque la clase es una realidad objetiva que varía según el desarrollo de las fuerzas productivas.

Sin embargo, en otros escritos Marx analiza la realidad social de una manera mucho más compleja, atendiendo a las particularidades de cada contexto. En este caso los escritos son de carácter más político y coyuntural, y en ellos Marx ya no trata con sólo dos clases, sino que llega a definir distintas clases, fracciones, facciones y una red mucho más compleja de grupos sociales. Un ejemplo paradigmático es el *18 Brumario*, en el que Marx analiza el golpe de Estado dado por Luis Bonaparte (1808-1873) en 1851.

Estas dos diferentes formas de analizar la clase social carecen de algún tipo de vínculo en la teoría de Marx⁴. Aunque Marx utiliza el sistema de dos clases para estudiar la dinámica capitalista en el largo plazo y utiliza un sistema más complejo para estudiar casos históricos concretos, en ninguna parte Marx explica cómo pasamos de un tipo de análisis a otro. A pesar de ello, hay abundante material para afirmar que Marx «pensaba que la tendencia histórica del capitalismo apuntaba hacia una creciente polarización en lo concreto»⁵, es decir, que la dinámica capitalista apuntaría a la destrucción de todas las clases sociales que no fueran la de los capitalistas y los trabajadores. En su visión, la complejidad de la vida real se estaba simplificando por el propio desarrollo del capitalismo puesto que éste creaba cada vez más proletarios y al mismo tiempo reducía el número de capitalistas –aunque los restantes vieran su poder incrementado.

Para asignar las clases, lo fundamental para los marxistas es lo que sucede en el ámbito de la producción capitalista. Esto quiere decir que un individuo es capitalista o trabajador no en función de su propia percepción, sino por el lugar que ocupa en el

² Marx, K. (1852): “Carta a Joseph Weydemeyer”, disponible en <https://www.marxists.org/espanol/m-e/cartas/m5-3-52.htm>

³ Marx, K. (1851): *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, disponible en <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/brumaire/brum1.htm>

⁴ Olin Wright, E. (2015): *Clases*. Siglo XXI, Madrid

⁵ Olin Wright, E. (2015): *Clases*. Siglo XXI, Madrid

sistema económico capitalista. No establecemos quién es capitalista preguntándole a la gente cómo se siente, sino a partir de un análisis económico de las relaciones de clase. Esta definición es privilegiada por la tradición marxista frente a cualquier otra alternativa.

Para Marx la lucha de clases era esencial bajo el capitalismo porque es el proceso que enfrenta a una clase que lleva consigo la sociedad del futuro -la clase trabajadora- con otra clase que se resiste a permitir el progreso -la burguesía-. En ese esquema el agente de la historia, es decir, la clase social que cumplirá su misión de hacer avanzar a la sociedad es la *clase trabajadora*. No cualquier otra clase. Pero ¿por qué Marx eligió precisamente a esta clase?

Mucha gente cree que Marx eligió a la clase trabajadora porque era el grupo social más desfavorecido en la época en la que él escribió. Pero es un error pensar de esa manera. Para la capa social más pobre de la sociedad Marx reservó el concepto de lumpenproletariado y, además de no ser muy generoso en su definición⁶, no le asignó ninguna función histórica relevante. El criterio por el que Marx eligió al proletariado como agente histórico no fue, por tanto, el de la pobreza. En efecto, según él la revolución no la harán los más pobres, sino una clase específica que, de hecho, se define por el lugar que ocupa en el sistema económico y no por la cantidad de ingresos que recibe.

Pero Marx tampoco hizo un análisis de campo antes de averiguar que la clase trabajadora era la elegida. En efecto, «Marx proclamó la misión histórica liberadora del proletariado antes de tener algo más que las nociones más vagas de la economía política capitalista»⁷. Como ha demostrado Miguel Caínzos, lo que hizo Marx fue *inventarse* a la clase trabajadora como una noción que encajaba en el sistema teleológico del materialismo histórico.

Como ya hemos visto, para Marx las fuerzas productivas se desarrollaban hasta que las relaciones de producción se convertían en un obstáculo y, por lo tanto, se iniciaba una crisis revolucionaria. De acuerdo con esta tesis, y dado los fundamentos filosóficos de Marx según los cuales lo importante es el creciente poder adquirido por la humanidad para controlar la naturaleza, la base de la nueva sociedad sería el sujeto productor. Este sujeto productor sería el proletariado y tendría la misión histórica de acabar con el capitalismo y traer el socialismo. Este proletariado es definido, entonces, por su lugar en el proceso de producción en su condición de explotado. Marx pensaba que, como las fuerzas productivas se desarrollaban incesantemente, el número de proletariados aumentaría sin cesar, lo que crearía las condiciones de la organización proletaria y de la conquista del poder. Su planteamiento, como hemos dicho, incluía la polarización de la sociedad entre capitalistas y trabajadores. Como apuntaba el *Manifiesto Comunista*,

⁶ «vástagos degenerados y aventureros de la burguesía, vagabundos, licenciados de tropa, licenciados de presidio, huidos de galeras, timadores, saltimbanquis, lazzaroni, carteristas y rateros, jugadores, alcahuetes, dueños de burdeles, mozos de cuerda, escritorzueros, organilleros, traperos, afiladores, caldereros, mendigos, en una palabra, toda esa masa informe, difusa y errante que los franceses llaman la bohème» 18 Brumario

⁷ Caínzos, tesis doctoral.

«toda la escala inferior de las clases medias de otro tiempo, caen en las filas del proletariado»⁸.

Pero ¿qué era realmente el proletariado? Para la época de Marx esta palabra era autoevidente, pues el capitalismo del siglo XIX parecía absorber hacia las grandes industrias tanto a los campesinos como a todo tipo de personas que quedaban desposeídas de sus propios medios de producción. Durante las revoluciones de 1848 la misión de Marx fue organizar a la emergente clase proletaria, convencéndola de su misión histórica. Como hemos visto, durante las décadas siguientes el proceso de proletarización se profundizó de tal manera que parecía que la predicción marxista se estaba cumpliendo. Las grandes fábricas industriales con miles de trabajadores eran la referencia obvia para saber qué eran los proletarios. Pero a finales del siglo XIX la cosa parecía estar cambiando y algunas novedades cuestionaban la tesis de la polarización de clase.

Por eso alguien como Karl Kautsky (1854-1938), que escribió con posterioridad a Marx, nunca pudo definir con precisión el concepto de proletariado. Para él en algunas ocasiones proletariado significaba trabajadores manuales, especialmente industriales. En otras ocasiones el concepto incluía a gente que sin ser trabajadora manual había sido despojada de sus medios de producción. Y a veces el concepto incluía incluso a quienes todavía tenían medios de producción, pero que en términos de ingresos eran pobres. Es como si en 1890 el término proletariado hubiera «perdido su sentido inmediato e intuitivo que tenía en los tiempos del *Manifiesto*»⁹. Parecía mucho más difícil saber qué era exactamente el proletariado, y eso no era un problema menor porque el proletariado había sido bendecido con la misión histórica de traer la revolución.

Más adelante, ya en pleno siglo XX, Nicos Poulantzas¹⁰ explicó que la noción de proletariado podía definirse de diferentes maneras: mínima, máxima e intermedia. La definición mínima, que era la que él compartía, implicaba que sólo serían considerados como clase trabajadora aquellos trabajadores dedicados a tareas productivas desde el punto de vista marxista, aunque también llegó a defender una visión aún más estrecha en la que sólo serían considerados como clase trabajadora aquellos individuos que realizaran un trabajo manual. Así, todas aquellas personas que desarrollaran un trabajo intelectual serían excluidas de la clase trabajadora. Una definición máxima, por el contrario, incluía a todos los asalariados e incluso a todos aquellos que tuvieran algo que ganar en la lucha por el socialismo. Se trata de una definición *populista* en la que la identificación entre *pueblo* y clase es prácticamente perfecta. Y en la definición intermedia, los autores usan diferentes criterios para asignar a los individuos entre clase. Todo este proceso de asignación de quién en dónde es lo que el propio Poulantzas llamó el *problema de los límites* y que emergía al intentar abordar una sociedad mucho más compleja de lo que hubiera imaginado el marxismo clásico.

Lo que había de nuevo en la sociedad de finales del siglo XIX, y que se mantuvo después, era que la estructura de clases estaba cambiando sin corresponderse con la polarización

⁸ Cita

⁹ Przeworski, A. (1985): *Capitalism and social democracy*. Cambridge University Press, Cambridge.

¹⁰ Cita

entre capitalistas y trabajadores. Nuevas capas sociales aparecían y otras, más viejas, se resistían a proletarizarse. La solución de Kautsky fue pensar que todo eso eran efectos marginales y que «todas las clases distintas del proletariado y de la burguesía estaban en procesos ascendentes o descendente de los dos polos básicos en el curso de la historia capitalista»¹¹, es decir, lo mismo que Marx. Sin embargo, mientras tanto surgían nuevas voces que cuestionaban las predicciones marxistas y que abogaban por adaptar la teoría a las nuevas condiciones objetivas. Algunas de esas voces conformaron la corriente *revisionista*, que encabezada por Eduard Bernstein (1850-1932) promovería una vía parlamentaria al socialismo tras constatar no sólo que algunas de las predicciones de Marx no se cumplían sino también que, según ellos, el capitalismo había encontrado sus propios mecanismos de resolución de las crisis¹².

El problema con el concepto de clase media comienza en el momento en el que para los marxistas las clases se definen a partir del concepto de explotación y, en particular, la que ejerce el propietario de los medios de producción sobre los asalariados. Al fin y al cabo, el desarrollo del capitalismo puso de manifiesto la existencia de posiciones de clase que no eran ni clase trabajadora pura ni clase capitalista pura, ya que, aunque se tratara de un grupo asalariado también tenía funciones de supervisión y dirección sobre otros trabajadores, llegando incluso a recibir remuneraciones en forma de activos financieros. ¿Cómo explicar tales fenómenos dentro de un esquema dicotómico?

Como hemos dicho ya, los marxistas clásicos conocían la existencia de este estrato social, pero pensaban que acabaría desapareciendo bajo el desarrollo del capitalismo. Su persistencia en el tiempo llevó a los marxistas posteriores a la necesidad de adaptar las diferentes teorías -y lógicamente también las prácticas de los partidos políticos que fundaban sus estrategias en aquellas-. Pero los caminos fueron muy diversos.

En algunos casos se ha mantenido la versión original acerca de la desaparición progresiva de las clases medias, interpretada como un proceso de empobrecimiento que acercaba sus condiciones de vida a las de la clase trabajadora. Esta fue, por ejemplo, la posición de numerosos autores marxistas que escribieron en el período de entreguerras en el siglo XX¹³. Aquellos análisis propugnaban una alianza entre la clase trabajadora y esas clases medias, motivo por el cual tuvo buena acogida en los tiempos de los *frentes populares* y también dentro de las corrientes eurocomunistas en los años setenta. En otras ocasiones se ha postulado que existe una tendencia a la descualificación de la fuerza de trabajo y, por lo tanto, una convergencia entre clase trabajadora y clases medias. Esta es, por ejemplo, la tesis del trabajo de Harry Braverman (1920-1976).

En otros casos, como el de Poulantzas, se ha considerado que las clases medias son nuevos tipos de pequeña burguesía, distintos en características e intereses de la clase trabajadora, y que sin embargo no disuelven la contradicción entre capital y trabajo. Por otra parte, otros autores han puesto de relieve el surgimiento de una clase de directivos

¹¹ Przeworski, A. (1985): *Capitalism and social democracy*. Cambridge University Press, Cambridge.

¹² No obstante, sería un error conceptual confundir los términos de *revisionismo* y de *reformismo*, pues mientras uno refiere a la actualización del instrumental teórico el otro es una práctica política. Sin duda son fenómenos que van de la mano, pero que son conceptualmente distintos.

¹³ Abercrombie, N., y Urry, J. (2015): *Capital, labour and the middle classes*. Routledge, London. P. 53-56

y ejecutivos que, a pesar de ser asalariados, compartirían intereses antagónicos a los de la clase trabajadora¹⁴.

Finalmente, también se ha considerado que toda la clase media es, en última instancia, clase trabajadora, pero salta a la vista que «este sería un concepto demasiado heterogéneo de la clase obrera como para ser de utilidad a la hora de predecir la organización, consciencia y comportamiento político, reales o potenciales, de los grupos sociales en la sociedad capitalista»¹⁵. Sin embargo, es la definición que predomina en la cultura popular y en los discursos de los partidos de izquierdas, incluso aunque estos todavía realicen análisis de clases. La razón la explicamos en el capítulo primero, al examinar cómo los partidos enfrentaron el dilema de pelear por obtener mayorías sociales al tiempo que decían representar a sectores minoritarios en la sociedad.

Otro de los esfuerzos más conocidos por acondicionar el fenómeno de las clases medias ha sido el de Wright, quien desarrolló el concepto de *posiciones contradictorias de clase*. Con ello Wright abandonó la visión unidimensional de la relación capital-trabajo y sumó la dimensión de dominación a la de explotación. Gracias a este proceder, un directivo podía ser un asalariado respecto a la dimensión de explotación, pero también podía ser al mismo tiempo un capitalista respecto a la dimensión de dominación. El problema es que ello implicaba importantes dificultades prácticas a la hora de *operacionalizar*, es decir, de traducir en variables y modelos la teoría; por ejemplo, a la hora de asignar a cada individuo una posición de clase¹⁶.

Más adelante, Wright dejó de considerar la propiedad únicamente desde el punto de vista de los medios de producción, e incorporó otras dos propiedades más en el análisis: la propiedad de bienes de organización y la propiedad de bienes de cualificación. La primera era la capacidad de explotar a otras personas gracias a la posición dentro de una estructura organizativa, como por ejemplo el Estado, y la segunda era la capacidad de explotación debida a tener una mayor cualificación que el resto y, por lo tanto, ser capaz de absorber más excedente social. Estas ideas le permitieron ir avanzando hacia una visión multidimensional en la que ya no todo dependía de la explotación o de la propiedad de los medios de producción, enriqueciendo de esa manera el análisis.

Las propuestas de Wright, sin embargo, se aproximaban mucho a la que por entonces estaban elaborando los autores partidarios de Max Weber, algo que él mismo reconoció al decir que al comparar su propuesta con la de los neoweberianos «se apreciará que apenas hay diferencias en el terreno empírico práctico»¹⁷. Esto es muy relevante porque para que una teoría de clase pueda comprobarse empíricamente es necesario que se operacionalice, es decir, hay que convertir la teoría en instrumentos concretos con los que elaborar modelos de comportamiento que permitan estudiar la influencia que la clase social ejerce en la vida real. Tenemos que bajar de lo abstracto a lo concreto. Y lo que reconocía Wright es que su propuesta empírica se asemejaba en el terreno práctico a la de los weberianos. Algo que veremos inmediatamente.

¹⁴ Abercrombie, N., y Urry, J. (2015): *Capital, labour and the middle classes*. Routledge, London. P. 79-83

¹⁵ Burris, V. (1993): "La síntesis neomarxista de Marx y Weber sobre las clases".

¹⁶ González, J. J. (1992): "El debate posmarxista sobre las clases", en *Política y Sociedad*, n. 11, pp. 27-48.

¹⁷ Cita.

Lo que está claro es que el fenómeno de las clases medias rompió el esquema de la *metáfora comunista* y obligó a los marxistas a acondicionar sus teorías. Por eso en general ha predominado la necesidad de hacer más complejos los esquemas de clase a fin de poder explicar la existencia de un estrato intermedio que, como se ha subrayado, es *extraño* a la teoría del materialismo histórico.

La conceptualización de la clase: Max Weber

Como dijimos anteriormente, Marx no fue el primero en teorizar sobre las clases sociales, y también otras tradiciones han disputado la hegemonía en el campo del análisis de las clases sociales. Uno de los autores cuyo trabajo fue igualmente capaz de atraer a una gran cantidad de pensadores fue Max Weber (1864-1920), considerado como uno de los fundadores de la sociología moderna. Weber realizó un análisis de las clases sociales distinto al de Marx, pero al mismo tiempo común en muchos aspectos. De hecho, aún continúa la polémica respecto al grado de proximidad que existe entre ambos autores alemanes y, como hemos visto, en los trabajos contemporáneos sobre clases sociales es muy habitual que los autores marxistas y weberianos trabajen en líneas casi idénticas.

La teoría de Weber no sólo carece de un modelo histórico de desarrollo del estilo del *materialismo histórico*, sino que, de hecho, él criticó con dureza ese tipo de planteamientos. Weber rechazaba explicaciones monocausales, es decir, que trataran de explicar el mundo a partir de la influencia de un único factor. Por lo tanto, tampoco compartía el papel que Marx asignaba a las clases sociales y a la lucha de clases en el supuesto desarrollo de las sociedades. Algunos autores han interpretado estas diferencias a partir de la naturaleza más sociológica del trabajo weberiano, que cuida más la conexión con la realidad empírica, frente a un trabajo esencialmente filosófico por parte de Marx¹⁸.

En lugar de la lucha de clases como motor de la historia, Weber estableció una diferenciación tripartita para la estratificación social a partir de los conceptos de *clase*, *estamento* y *partido*. El autor alemán definía la clase por la ubicación del individuo en el mercado, los estamentos como grupos comunitarios construidos en torno a una identidad y el partido como aquellas asociaciones humanas que aspiran a conquistar el poder a partir de la acción colectiva. Como se puede comprobar, esta visión es multidimensional, pues a diferencia de Marx aquí la clase no es el único factor explicativo del comportamiento humano.

No obstante, el concepto de clase en Weber es muy cercano al de Marx. Para Weber las clases son grupos de personas que comparten las mismas oportunidades de vida, algo que se deriva de su común posición en el mercado. Esto sugiere que cada ocupación laboral en el mercado describe una misma estructura de oportunidades. De tal forma que, por ejemplo, el personal administrativo comparte unas mismas oportunidades de desarrollo personal y vital debido a que ocupan el mismo lugar en el mercado. Sin embargo, para Weber compartir una clase no significa necesariamente que esté garantizada una acción colectiva o común. De hecho, ser de una clase es simplemente

¹⁸ Atkinson, W. (2015): Class

ocupar un lugar en el mercado -lo que él llama *situación de clase*- sin que ello implique ningún tipo de subjetividad o acción social. A diferencia de Marx, que entendía que la clase jugaba un rol prácticamente automático en el desarrollo de la sociedad, Weber no cree que la clase tenga ninguna función específica en ese sentido y cree que si se dan conflictos entre clases ello no obedece a ningún curso predefinido de la historia.

La principal diferencia entre Marx y Weber estriba en que este último no consideraba la explotación en su análisis. Mientras que él veía que la clase de una persona influía en sus oportunidades vitales, Weber no otorgaba a esa idea una perspectiva dinámica según la cual una clase era crecientemente desigual respecto a otras debido a la explotación. Más bien veía cómo las diferentes clases tienen accesos diferentes a los recursos existentes, siendo la propiedad el recurso más importante, si bien no el único.

Para Weber las clases son consustanciales al capitalismo, aunque coexisten en el tiempo con los estamentos y los partidos. Las clases van surgiendo al mismo tiempo que el mercado invade los diferentes niveles de la sociedad. Así, cuando la lógica del mercado, que trata al ser humano como una mercancía, se va introduciendo en la sociedad feudal, va acabando con los antiguos vínculos y lazos sociales que daban sentido a los estamentos y va formando de esa manera las clases sociales. Esto es algo parecido a lo que planteaba Marx, quien subrayaba que el capitalismo actuaba como «una fuerza corrosiva sobre la sujeción al grupo de estatus, al tiempo que destacaba su sustitución por las relaciones impersonales e instrumentales del mercado»¹⁹.

Aunque Weber utiliza un esquema multidimensional en el que la *situación de clase* no lo explica todo, sí cree que existe un vínculo entre el comportamiento de las personas y los intereses materiales derivados de su clase. Es decir, aunque Weber no cree que el hecho de ser trabajador asalariado implique necesariamente un comportamiento reivindicativo que conduzca a un conflicto de clase, exigiendo por ejemplo una subida salarial, sí piensa que hay una tendencia a que ello suceda. Sin embargo, Weber planteará que será más fácil que ello suceda cuando las condiciones son óptimas, como por ejemplo que haya condiciones intelectuales y los trabajadores sean capaces de ver si situación como gravosa y evitable y no como algo natural e inevitable. También emergerá la conciencia de clase más fácilmente si las comunidades son amplias y si tienen facilidad para comunicarse entre las diferentes personas. En todo caso, donde el esquema del materialismo histórico de Marx hablaba de necesidad, el planteamiento de Weber se reduce a posibilidad. De ahí que mientras Marx proyectaba hacia el futuro una sociedad polarizada, Weber creyera que la estructura de clases mutaría hacia una mayor complejidad.

Esto es relevante porque gran parte de la tradición weberiana ha basado su análisis de clases en el concepto de oportunidad, lo que a su vez depende de cómo es la estructura de clases y el mercado. Así, los weberianos han hablado de *acaparamiento de oportunidades* y *cierre social* al referirse a las barreras de entrada que determinados grupos sociales, sean clases, estamentos o partidos, establecen para proteger sus condiciones materiales de vida (o privilegios, visto desde otro punto de vista). Como dice Wright, se opera con «la idea de que, si un empleo confiere a sus titulares ingresos

¹⁹ Parkin, F. (1984): *Marxismo y teoría de clases*.

elevados y ventajas especiales, es importante que aquellos dispongan de medios para excluir a otra gente del acceso a esos mismos trabajos»²⁰. Se produce de esa forma un *cierre social* que impide la movilidad social y que compartimenta de forma más rígida la estructura de clases. Para Weber, en definitiva, es más importante la movilización social que la lucha de clases, estando esta última desprovista de una dinámica preexistente.

Han sido muchos los autores que han continuado, en mayor o menor grado, el trabajo de Weber. Uno de ellos, Ralf Dahrendorf, defendió que la sociedad estaba dividida en clases y que el conflicto era consustancial a ella. Sin embargo, él también consideraba que la explotación no podía ser el único criterio para definir las clases. Había que incorporar, decía, la dimensión de la autoridad para comprender mejor cómo operaban las clases reales, por lo que las relaciones de producción perdían importancia frente a las relaciones de dominación dentro y fuera de la empresa. El acceso al recurso del poder se convertía así en el elemento clave para entender el cambio social.

Al mismo tiempo, Dahrendorf estudió el cambio social que se estaba produciendo en los años setenta y llegó a la conclusión de que las transformaciones en el seno de la sociedad industrial estaban provocando un proceso de *terciarización* que conduciría a que los campesinos y los trabajadores industriales acabaran siendo minorías de la estructura social. La gran mayoría de la población estaría formada por asalariados, pero estructurados de formas muy diferentes y conformando por lo tanto un grupo social altamente heterogéneo. Esto es algo en lo que también insistió otro autor weberiano, Frank Parkin, en los setenta. Según él, la expansión del sector terciario produjo un cambio en la forma de la estructura de clases. Mientras que antes de la *terciarización* la sociedad podía describirse como una pirámide, en la que la base proletaria era la más grande y numerosa, posteriormente tomaría la forma de un rombo, con una gran clase media en el centro y con una clase obrera en disminución.

Parkin también destacó algunas deficiencias del análisis marxista y de otros análisis de clase que tienden a concebir a las clases de forma determinista, esto es, como disciplinando necesariamente a las acciones sociales. Según él, con estas actitudes se corre el riesgo de que «no puedan dar adecuada cuenta del tipo de complejidades que surgen cuando se producen divisiones raciales, religiosas, étnicas y sexuales tangencialmente a las divisiones formales de clase»²¹. En efecto, la tendencia a considerar que la clase determina plenamente la acción de los individuos revela una ceguera ante otros aspectos sociales que también forman parte de las acciones sociales y que no proceden de la relación capital-trabajo. Como él mismo afirmó, «el sistema productivo es inseparable del sistema social como un todo»²² y, por ende, debemos considerar en su plenitud el hecho de que los seres humanos nos incorporemos a las relaciones *sociales* de producción. Además, Parkin subrayó que cualquier razonamiento que se basara en la idea de que la explotación de clase es el fundamento de todas las demás formas de opresión «se convierte fácilmente en una defensa sutil del statu quo cultural y racial»²³.

²⁰ Cita.

²¹ Parkin, F. (1984): *Marxismo y teoría de clases*.

²² Parkin, F. (1984): *Marxismo y teoría de clases*.

²³ Parkin, F. (1984): *Marxismo y teoría de clases*.

Otro weberiano, John Goldthorpe, recogió las críticas de Weber al reduccionismo del marxismo y a su teoría de la historia. Para él la clase es una agregación de categorías ocupacionales, que se agrupan en virtud de sus semejantes situaciones de mercado y de trabajo. La *situación de mercado* sería aquella que está vinculada con los ingresos, la seguridad económica, las oportunidades para mejorar, etc. mientras que la *situación de trabajo* tiene que ver con el tipo de relación con la autoridad y el control sobre el trabajo, la autonomía dentro del proceso de producción y el estatus respecto a otras ocupaciones. Según él, estas dos dimensiones permitirían describir mejor la realidad de las clases sociales.

En consecuencia, la investigación empírica permitió a Goldthorpe y a sus compañeros elaborar determinados esquemas de clase que tenían una gran capacidad explicativa en la práctica. Frente a la versión marxista dicotómica que enfrenta a capitalistas frente a trabajadores, Goldthorpe llega a definir hasta once clases sociales. En ellos no existe la clase alta o los grandes propietarios de capital, como consecuencia de la dificultad que existe para obtener datos suficientes mediante encuestas con los que trabajar con rigor. O, dicho de otra forma, debido a que la clase alta está conformada por una minoría de la población, su presencia es irrelevante en los esquemas de clase. Como se observa, los esquemas de clase neoweberianos tienen una pretensión empírica, con una inclinación clara hacia el estudio concreto.

El esquema de Goldthorpe es comúnmente conocido por las siglas EGP, que representan los nombres de Erikson, Goldthorpe y Portocarero, los autores que trabajaron en él. Aunque algunos autores han señalado que «que es difícil no pensar que la clasificación obedece en buena parte a criterios asistemáticos y ad hoc»²⁴, lo cierto es que es un esquema ampliamente usado en el análisis de clases por su capacidad explicativa.

Esquema de Goldthorpe	
	<i>Clases de servicio</i>
I.	Profesionales superiores; directivos de grandes establecimientos y grandes empleadores (más de 25 empleados).
II.	Profesionales de nivel medio e inferior; técnicos superiores; directivos de pequeños establecimientos (menos de 25 empleados); supervisores de empleados no manuales.
	<u><i>Clases intermedias</i></u>
IIIa.	Empleados no manuales de rutina en la administración y el comercio.
IIIb.	Trabajadores de servicios personales y de seguridad.
IVa.	Pequeños propietarios, artesanos, etc. con empleados (menos de 25).
IVb.	Pequeños propietarios, artesanos, etc. sin empleados
IVc.	Agricultores, pescadores, etc.
	<i>Clase obrera</i>
VI.	Trabajadores manuales cualificados.

²⁴Carabaña, J. (1995): "Esquemas y estructuras", p. 119, en Carabaña, J. (1995) (ed.): *Desigualdad y clases sociales*. Fundación Argentaria, Madrid.

VIIa.	Trabajadores semicualificados y sin cualificar no agrarios.
VIIb.	Trabajadores agrarios
<i>Fuente: Carabaña, J. (1995): "Esquemas y estructuras", en Carabaña, J. (1995) (ed.): Desigualdad y clases sociales. Fundación Argentaria, Madrid.</i>	

En el esquema neoweberiano, la clase de servicio es la clase de los empleados profesionales, de administración y de dirección. La diferencia entre la clase de servicio y la clase trabajadora, por ejemplo, tiene que ver con el tipo de relación laboral. Aunque ambas agrupan a personas asalariadas, la clase de servicio tiene una relación de confianza y posibilidades de promocionar, por lo que no son fácilmente sustituibles y los empresarios buscan mantenerlos en plantilla. De ahí que se considere que son relaciones de servicio. Por el contrario, la clase trabajadora opera bajo una lógica puramente mercantil de contrato de obra y servicio, por lo que sufre mayores niveles de precariedad.

Desde el punto de vista de la interpretación, las clases medias estarían formadas por los grupos sociales comprendidos por las clases de servicio y las clases intermedias, si bien eso depende del criterio que se use en la investigación. Asimismo, el esquema original de las once categorías puede ser resumido en siete y hasta en cinco, agrupando algunas de ellas. La idoneidad de esa estructuración depende del objetivo del investigador, pero muchas veces también de la disponibilidad de los datos.

Como hemos dicho, los esquemas (neo)weberianos han sido planteados con una utilidad eminentemente práctica, es decir, para la investigación empírica. Pero la *traducción* de la teoría a categorías manejables no es tarea fácil. Piénsese que se requiere que las encuestas de opinión no sólo sean de calidad, sino que proporcionen información suficiente de los individuos para poder construir el esquema, es decir, para asignarlos correctamente a alguna de las categorías. Hacer encuestas cuesta mucho dinero, razón por la que suelen ser instituciones oficiales, y quienes diseñan los cuestionarios no siempre piensan en el mismo esquema de clase como criterio guía. Por eso, aunque hay múltiples esquemas de clase, su construcción a partir de los datos depende mucho de la fuente. Además, cada país puede tener su propio sistema de clasificación, lo que complica la comparación internacional. Por suerte, las clasificaciones de ocupaciones se han intentado homogeneizar y, cuando no, siempre se puede tratar de adaptar unas clasificaciones a otras a partir de un trabajo minucioso. Como hemos visto en el capítulo IV, esto ha sido parte del trabajo empírico que hemos desarrollado para estudiar el efecto de las clases sociales sobre el comportamiento electoral en España. Básicamente hemos trabajado con datos del Centro de Investigaciones Sociológicas, que proporciona información de la categoría ocupacional, y a partir de esa información hemos construido un esquema EGP de diez categorías y de catorce categorías, desagregando en este último caso la *clase de servicio*.

Volviendo al marco teórico weberiano, debemos añadir que, desde el punto de vista de Goldthorpe, la clase de servicio tiene una orientación conservadora ya que es favorecida por el estatus quo. Esta misma clase sería partidaria de la meritocracia y de la tecnocracia, buscando además articular diferentes tipos de cierre social para proteger su posición privilegiada respecto a la clase trabajadora. Sin embargo, no todos los

weberianos piensan eso, y algunos como Parkin establecieron la hipótesis de que la clase media es, en realidad, la fuente del radicalismo político. Como hemos visto, hay verdad en ambas afirmaciones, lo que se explica por la heterogénea composición de las clases medias -razón que justifica el uso del plural y de la desagregación de la clase de servicio-

En definitiva, tal y como recordamos con las palabras de Wright, en la práctica los instrumentos weberianos y los marxistas se asemejan mucho. Como dice el sociólogo Miguel Caínzos, lo que separa a neoweberianos y neomarxistas es «la mayor ambición explicativa de la teoría marxista, en cuanto el análisis de clase está ligado a un proyecto de construcción de una teoría de la historia y, concretamente, una de carácter materialista»²⁵ frente a una orientación más *culturalista* de los supuestos neoweberianos.

No extrañaré, después de lo analizado hasta aquí, que nosotros usemos la clasificación de Goldthorpe con el propósito de describir las relaciones de clases sociales y voto en España. Dichas clasificaciones cuentan con un fuerte respaldo académico por el éxito de sus modelos, por lo que nos parece útil usarlos. No obstante, también corresponde que abordemos una tercera corriente derivada de los trabajos de Pierre Bourdieu. La razón de esta incorporación tiene que ver con el enriquecimiento que ha provocado en los análisis de clase y, en consecuencia, en su uso para los debates públicos que estamos tratando de abordar.

La conceptualización de la clase: Pierre Bourdieu

Pierre Bourdieu (1930-2002) fue un sociólogo francés que desarrolló un muy fértil trabajo que estuvo influido por el marxismo pero que combatió sus deficiencias más importantes. Para Bourdieu la clase tiene sentido en la medida en que explica la diferencia social y cultural dentro de una sociedad, así como las diferentes condiciones de vida y de poder, lucha y dominación vinculados a esas diferencias. Lo que el pensador francés acentúa es el concepto de diferencia, sobre el que recae gran parte de su corpus teórico. Así, para él la necesidad y el deseo de ser reconocidos por otros es un elemento central para comprender el comportamiento social de los individuos.

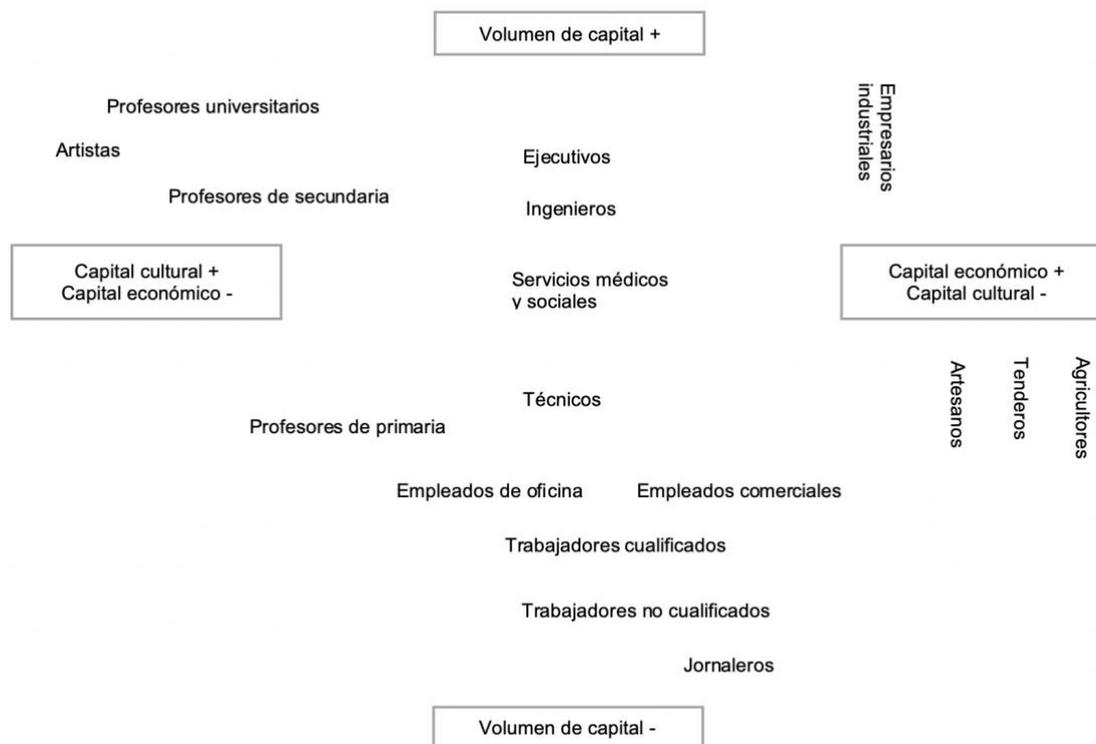
Desde esta perspectiva, los individuos competirán unos contra otros por disponer de ciertas capacidades y propiedades que conlleven grados más altos de distinción social, lo que Bourdieu llama *capitales*. Él distingue tres tipos de capitales que permiten cumplir esos objetivos. El primero de ellos, pero no necesariamente el más importante, es el *capital económico*, que incluye la riqueza, los ingresos y la propiedad de un individuo. El segundo es el *capital cultural*, que no es sólo la cualificación educativa formal sino también el uso del lenguaje, la capacidad analítica, la posesión de información y conocimiento, etc. Y el tercero es el *capital social*, que se refiere a los recursos que se basan en la disposición de redes sociales y los vínculos con determinadas personalidades u organizaciones relevantes.

²⁵ Tesis Caínzos.

Como se puede observar, es posible describir los tres tipos de capitales como diferentes dimensiones que manifiestan el tipo de recursos del que dispone una persona en concreto. Ninguna de esas dimensiones prevalece sobre las demás en importancia, pero todas ellas permiten ubicar en el espacio social a las personas bajo el análisis. Cualquier persona que disponga de propiedades, sean medios de producción o no, y de altos ingresos puede decirse que dispone de un alto capital económico. Por otro lado, cualquier persona que tenga entre sus aficiones ir al teatro o a la ópera, tenga estudios superiores o diserte frente al gran público con un rico uso del vocabulario puede ser considerada como poseedora de un gran capital cultural. Y, finalmente, aquellas personas que disponen de fácil acceso a otros agentes sociales, como líderes políticos o grandes empresarios, se dice que tiene un gran capital social. Por supuesto, lo opuesto es también válido y una persona sin estudios, sin ingresos y sin contactos estará en los niveles más bajo de cada una de esas dimensiones.

Conviene observar, no obstante, que las tres dimensiones están todas cruzadas por lo que Bourdieu llama *capital simbólico* y que refiere a la capacidad de los atributos para ser reconocidos socialmente como legítimos. Esto tiene relevancia porque sugiere que no es suficiente con tener mucho dinero, sino que es necesario que el resto de las personas sientan que ese dinero es realmente *capital económico*. Tampoco es suficiente con ir una vez al teatro, por ejemplo, sino que es necesario que haya una legitimación social, por parte del resto, para que ese tipo de prácticas confieran la significación plena al *capital cultural*. Se trata de una batalla que no cesa.

Para Bourdieu, por lo tanto, el espacio social está conformado por la interrelación de esas tres dimensiones. Gráficamente podemos describirlo de la siguiente manera: el eje vertical representa el capital total que una persona tiene, y que será la sumatoria de los tres capitales; el eje horizontal se dibuja la composición de ese capital; y en el espacio social que conforman esas dos dimensiones ubicamos las diferentes ocupaciones de clase, cada una de las cuales representa la media de los recursos o capitales de cada uno de los individuos de dicha clase.



Fuente: basado en Atkinson, W. (2018): *Class*. Polity Press, Cambridge, p. 64.

Como se puede comprobar, según nos desplazamos más a la izquierda en el eje horizontal nos acercamos a las ocupaciones que disponen de mayor *capital cultural*, como son los profesores universitarios o los artistas. Por el contrario, un desplazamiento a la derecha nos revela las ocupaciones con menor *capital cultural*, como los agricultores o artesanos. Al mismo tiempo, sin embargo, el gráfico describe en el eje vertical el nivel de *capital económico*, una dimensión más familiar para las corrientes marxistas y weberiana, de tal modo que profesiones con bajos ingresos se sitúan en la parte inferior del gráfico, como los trabajadores no cualificados y los jornaleros, y en la parte superior se situarán las ocupaciones con mayores ingresos, como los ejecutivos o los ingenieros.

En términos de Bourdieu las clases son mejor entendidas como *clusters* o nubes que agrupan individuos similares en términos de sus dotaciones de capitales, lo que significa que compartirán condiciones de existencia similares. Como él ha dicho, «las clases construidas pueden ser caracterizadas en cierto modo como conjuntos de agentes que, por el hecho de ocupar posiciones similares en el espacio social están sujetos a similares condiciones de existencia y factores condicionantes y, como resultado, están dotadas de disposiciones similares que les llevan a desarrollar prácticas similares»²⁶. Y aquí es donde entra el concepto de *habitus*, que puede entenderse como un conjunto de dispositivos comunes que tenemos interiorizados y que nos llevan a actuar de una determinada forma. Cada clase social tiene su propio *habitus*, lo que es manifestación de sus similares dotaciones de capitales. Por lo tanto, nuestras prácticas sociales están estructuradas por nuestro lugar en el espacio social, de tal manera que tomar cerveza, tocar la guitarra, beber vino tinto, jugar al golf, ir a la ópera o ir a cazar son expresiones

²⁶ Bourdieu, P. (2006): *Poder, derecho y clases sociales*. Desclée, Bilbao. p. 110

culturales y simbólicas de clase o, en términos más exactos, de las diferentes combinaciones de dotaciones de capitales. El fondo de este planteamiento es aceptar que nuestra existencia condiciona la forma en la que nos relacionamos con el resto de la población, pero esa existencia no refiere únicamente a las relaciones de producción sino a todos los ámbitos de nuestra vida.

Según Bourdieu, es importante también no discriminar moralmente entre un tipo de *habitus* y otros, dado que no hay jerarquías entre los mismos. Jugar al golf o al fútbol son prácticas apropiadas por diferentes clases en el marco del poder simbólico, pero pueden ser resignificadas porque siempre estamos en una batalla por la asociación de ciertos símbolos con ciertas experiencias. Hoy el golf parece un símbolo de distinción, como se dice coloquialmente, mientras que el fútbol parece un deporte mucho más popular y el ajedrez una práctica de intelectuales. No hay, sin embargo, nada inherente en esas prácticas sino una apropiación simbólica por parte de diferentes clases, algo que podría cambiar en el futuro.

El análisis de clase de Bourdieu ha tenido importantes seguidores entre los sociólogos y es, probablemente, la corriente más atractiva para los investigadores que buscan comprender aspectos más globales de la interrelación entre clase y política. En muchos casos, además, el lenguaje y conceptos de Bourdieu han traspasado las fronteras académicas y han llegado a los medios de comunicación y empresariales, consolidándose expresiones tales como *capital cultural* o *capital social*. Desgraciadamente en muchos casos lo que se ha perdido en aquel traslado ha sido el otro capital, el *capital económico*, sobre el que venimos poniendo el acento en este trabajo.

No obstante, hay experiencias académicas que han tenido enorme repercusión social en otros países. Por ejemplo, el equipo de trabajo del sociólogo Mike Savage (1959) construyó en el año 2013 una *calculadora de clase* a partir de las nociones de Bourdieu, y cualquier persona puede entrar en la página web²⁷ para averiguar a qué clase social pertenece dentro del espacio social británico. Sólo introduciendo algunas respuestas respecto a las tres dimensiones o capitales, el algoritmo calcula nuestra ubicación de clase. Todo un ejemplo concreto de cómo se distribuye la sociedad a partir de un sistema multidimensional y no sólo económico.

La perspectiva bourdieana ha enriquecido sobremanera nuestra comprensión del mundo social que nos rodea y, en particular, de cómo las clases sociales se relacionan con los comportamientos sociales y políticos. Desde luego, supone una ruptura notable con la estrechez reduccionista que sigue impregnando muchos de los análisis previos y además lo hace sin caer en la tentación de dar a la clase social por muerta bajo un mundo pleno de contingencias y libre de determinaciones, algo que no todos han evitado.

²⁷ La calculadora está accesible online en la siguiente dirección: <https://www.bbc.com/news/magazine-22000973>